



TEMA 2

La vía del Parlamento Europeo

1. La experiencia de la segunda guerra mundial.– 2. La propuesta de Churchill.–
3. El congreso europeo de La Haya.– 4. El Consejo de Europa.

CLAVES

1. Durante la segunda guerra mundial (1939-1945) encontramos dos posturas: i. nacionalismo, ii. europeísmo. La primera se perfila de dos formas: i. a escala continental (Hitler), ii. clásico (los aliados). La segunda la encontramos en algunos grupos de la resistencia y en la propuesta de unión franco-británico.

Desde la resistencia se rechazaba el sistema de los Estados nacionales y la ideología nacionalista. Henri Frenay escribió en Combat (un periódico de la resistencia): “En las filas de la resistencia no cabe ningún nacionalista tal y como lo conocieron nuestros padres, no cabe quien hoy o mañana acepte el programa de Maurras: Francia, Francia sola”. Entre los partidos de la resistencia francesa, el socialista era el más cercano a la idea de unidad europea: los estados unidos de Europa aparecían como un paso hacia los estados unidos del planeta. Las palabras de León Blum recogidas en Le Populaire (periódico francés de tradición socialista fundado en 1916) en 1939 son suficientemente elocuentes: “Las soluciones en las que nosotros pensamos, nosotros, socialistas, son aquellas que llevarían a la integración de Alemania en una organización de Europa (...) De



este modo, volvemos siempre a las mismas fórmulas, a la misma conclusión: la independencia de las naciones en el seno de una Europa federal y desarmada”.

En la posguerra el programa de la resistencia no se hizo realidad. El prestigio moral y político de la clandestinidad fue inmenso durante algunos meses, pero sus militantes no consiguieron concretar sus aspiraciones en una organización política duradera: la posguerra supuso la derrota del federalismo ante la urgencia de los problemas nacionales, acabada la excepcionalidad volvieron los viejos políticos, los viejos partidos, el viejo nacionalismo.

Churchill propuso en junio de 1940 al gobierno francés de Paul Reynaud una unión que se basaba en los estudios económicos llevados a cabo por Toynbee y en algunas propuestas de Monnet. Esta propuesta fue aceptada en Inglaterra y rechazada en Francia.

En Francia se enfrentaron Petain y De Gaulle, el primero venció y fue nombrado presidente posteriormente. Llegó a un armisticio con Alemania. De Gaulle se refugió en Inglaterra desde donde lanzó un mensaje de apoyo a la resistencia.

2. La posguerra parecía una vuelta a los viejos problemas y las viejas soluciones: la restauración nacional. La primera propuesta europeísta conecta con la idea de crear un parlamento europeo. Fue formulada por Churchill en 1946, y en ella proponía como primer paso para la creación de los Estados Unidos de Europa la existencia de un Consejo de Europa.

Distintos acontecimientos que se sucedieron a lo largo de 1947 facilitaron este camino.

El primer acontecimiento tiene que ver con la decadencia de Gran Bretaña como potencia mundial: ya no podía mantener sus obligaciones en el próximo oriente. Los EE.UU. relevaron a Inglaterra en Turquía y Grecia. A partir de ese momento el Reino Unido dejaba de ser la



primera potencia del mundo (terminaba así la era victoriana) y era sustituida por unos EE.UU. que orientados por la doctrina Truman (ayudar a quienes estuviesen dispuestos a defender su independencia frente al comunismo) se convertían en los guardianes de la libertad. Esto otorgaba al Reino Unido un nuevo papel, ya no era el imperio colonial preocupado por el equilibrio entre las distintas potencias, lo que le había alejado de Europa. Además, en agosto de 1947 el imperio británico de las Indias se desmembró en dos países: Pakistán (musulmán) y la Unión India (hindú). Todo esto abría la esperanza de una unión federal europea alrededor del eje París-Londres, cuya primera realización se concretó en la firma el 5 de marzo de 1947 en Dunkerque de un tratado de alianza y amistad con Francia. Aunque oficialmente se trataba sólo de una mutua asistencia frente al común enemigo alemán, para algunos europeos abría las puertas de una nueva aventura integradora. No era desde luego una tarea sencilla: los ingleses miraban más a los EE.UU. que a los europeos, los franceses tampoco mostraban preocupaciones europeas.

Sin embargo, un año después la alianza franco-británica se amplió con la adhesión de los tres países miembros del Benelux, nació así la Europa de los cinco y con ella la primera concentración política de nuestro continente, recibió el nombre de Unión Occidental (organización creada por el Tratado de Bruselas, de 17 de marzo 1948). Nunca prestó grandes servicios, salvo en el terreno cultural, y en 1949 fue arrinconada por la OTAN (creada por el Tratado del Atlántico Norte, firmado en Washington el 4 de abril de 1949) y por el Consejo de Europa (organización regional europea de fines generales creada por el Tratado de Londres, de 5 de mayo de 1949). Sólo en 1954, tras el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa (cuyo tratado constitutivo había sido firmado en París el 27 de mayo de 1952 y rechazado por la Asamblea Nacional francesa en agosto de 1954) fue rescatada como Unión Europea Occidental aunque igualmente ineficaz. Pero con todo, Dunkerque permanece como un primer paso.

Un segundo hito en los cimientos que se construyeron en 1947 fue el plan Marshall. Toda Europa, también Inglaterra, estaba en bancarrota como consecuencia de la segunda guerra mundial, pero un mismo problema no siempre une. Durante los meses que siguieron a la liberación los casos más urgentes fueron atendidos por un organismo especializado de la ONU que distribuyó más de mil millones de dólares, aparte de otros préstamos efectuados directamente por los EE.UU. Pero esto no bastaba, había que ir directamente a la raíz del problema. En este momento intervino el general Marshall con un discurso pronunciado en la Universidad de Harvard el 5 de junio de 1947: fue el origen del plan de lleva su nombre. El orador no era brillante, y sólo unos pocos comprendieron la trascendencia de la sesión.



Marshall tenía una larga carrera tras de sí, había intervenido en la primera y en la segunda guerra mundial, así como en las conversaciones con China.

Detrás de su discurso había una serie de economistas, periodista, politólogos... pero Marshall tuvo la osadía de tomar la idea y convertirla en piedra angular de su política europea. Se puede decir que el discurso de Harvard era la aplicación de la doctrina Truman a la situación europea. El plan cogió por sorpresa a los europeos. En su propuesta hay algo que nos interesa sobre todo: para servirse de la ayuda norteamericana era necesario que los europeos se pusieran de acuerdo estableciendo un plan conjunto, que no debía ser una suma de planes nacionales yuxtapuestos, sino un esfuerzo consciente y mantenido de cooperación. Ante la urgencia de los problemas se imponía la rapidez. Unos días después de la conferencia en Harvard, un emisario comenzó una gira europea para precisar las ideas de su gobierno.

Los gobiernos de Francia e Inglaterra convocaron una conferencia en París para discutir el plan, pero las respuestas europeas tardaron en concretarse. La delegación soviética abandonó enseguida la conferencia acusando a los americanos de imperialismo económico. Las discusiones y consultas entre los gobiernos de los 16 países presentes y los representantes americanos se desarrollaron durante todo el verano de 1947 en medio de todo tipo de dificultades técnicas y políticas: los primeros planes fueron rechazados pues no tomaban el camino del entendimiento. Hasta que en septiembre se concretó la petición de 16.000 millones de dólares que finalmente fue aprobada en marzo de 1948. En abril se creó la Organización Europea para la Cooperación Económica (OSCE) para repartir entre los Estados firmantes las ayudas del plan Marshall.

Un tercer problema resuelto en 1947 fue el alemán. Los aliados entraron en el tercer Reich sin ningún proyecto concreto. Durante la guerra se habían formulado distintos planes, pero ahora todo parecía olvidado. Alemania estaba destrozada, las hambrunas, enfermedades, el paro... Entre 1946 y 1948 se tomaron todas las decisiones fundamentales. Esto ofrecía nuevas oportunidades para la idea de Europa: no podía dejarse a Alemania en la miseria y, al mismo tiempo, había que hacer todo lo posible para evitar el renacimiento de su nacionalismo, por ello la integración europea aparecía como la única solución.

El cuarto acontecimiento del año fue la ruptura entre el este y el oeste, y la desaparición de los comunistas de los gobiernos occidentales donde habían entrado bajo la aureola de la resistencia. Al concluir la guerra, la opinión pública europea pensó que el régimen soviético se había ablandado (los contactos durante la guerra, así como la ayuda americana e inglesa, habrían contribuido a ello). Sin embargo, los sucesos de 1947 se



encargaron de desmentirlo: las dos conferencias que se sucedieron para tratar sobre todo de la unidad económica alemana encontraron siempre la negativa soviética. Esta ruptura explica la aceptación del plan Marshall por la Europa occidental, aceptación que no hizo más que ahondar en la ruptura entre occidente y el este: el telón de acero en la frase célebre de Churchill. Se perfilaban así dos Europas, desde el punto de vista político pero también económico: el comercio exterior de los países del este se hizo principalmente en el interior del mismo bloque comunista (en 1949 de hecho se creó el COMECON, el Consejo para la Ayuda Económica Mutua). Otro hecho que contribuyó a la guerra fría fue la reconstrucción de la Internacional comunista en el verano de 1947.

Esto fue un revulsivo para occidente: si el este se unía, ellos también debían hacerlo. La guerra fría liberaba así a Europa del veto soviético. Era el momento de la federación. En Francia e Italia se expulsaron a los comunistas del gobierno, esto provocó huelgas revolucionarias en Francia, el bloqueo de Berlín... Occidente vivía en el miedo a la URSS, como dijo el ministro belga Spaak ante la ONU.

3. En fin, en 1947 se presenció una eclosión de movimientos a favor de la unión europea. En diciembre de 1946 se formó la Unión Europea de Federalistas (UEF), que proyectaba una unión europea como tercer bloque, es decir como fuerza pacificadora entre las dos superpotencias. Aunque tenía un programa, en su seno albergaba tendencias muy dispares: los italianos insistían en la unión política, con un poder supranacional definido por una constitución federal, por lo que reclamaban la convocatoria de una asamblea constituyente europea (según el esquema norteamericano); los franceses en teoría federalistas integrales defendían un plano gradual, en el que se comenzase con uniones funcionales. Junto a la UEF aparecen otros muchos movimientos: el Comité para la unión europea, fundado por Churchill; la Unión parlamentaria europea, promovida por Coudenhove-Kalergi...

Ante tal eclosión se creó a finales de 1947 en París un Comité de Coordinación de los movimientos por la Unidad Europea, que sería absorbido en 1953 por el Movimiento Europeo. Era necesario organizar una gran



manifestación pública que mostrase a la opinión pública la realidad de los movimientos europeístas: el congreso europeo de La Haya que se celebró en mayo de 1948 y que fue calificado de una reunión histórica. Bajo la presidencia de Churchill, que lo había promovido, constituyó la culminación de la serie de congresos (iniciada en Montreux) y propició la fundación del Movimiento Europeo.

La participación fue impresionante: acudieron 800 personas, que representaban distintas sensibilidades (pragmáticos e idealistas, intervencionistas y liberales). Un problema fue el de los laboristas británicos (relación especial con EE.UU. y la Commonwealth), que repercutió en el poco entusiasmo de otros socialistas europeos. Otro problema fue la participación como observadores de un pequeño grupo de americanos. Aquí el problema era doble: el complejo de inferioridad de una Europa que no sólo necesitaba los dólares americanos sino también sus consejos; por otro lado Europa se quería como un tercer bloque caracterizado por el pacifismo, y por carecer de un anticomunismo sistemático o agresivo. Europa del este sólo estaba representada por exiliados, al igual que España: Salvador de Madariaga.

En el seno del Congreso se desarrolló un intenso debate entre federalistas (que buscaban una referencia a la cesión de soberanía nacional, la constitución de una asamblea constituyente, la toma de decisiones por mayoría) y los unionistas. La resolución final, como victoria de los federalistas, incluyó una frase en la que se indicaba que había llegado la hora del ejercicio común de la soberanía.

Los trabajos del Congreso tuvieron lugar en tres comisiones (política, económica y cultural). De ellas, la política fue la más importante, se centró en la necesidad de constituir una Asamblea Consultiva Europea representativa que fuese una tribuna idónea donde los distintos países europeos pudiesen resolver sus problemas comunes. Pero, ¿cómo se constituiría?, ¿cuáles serían sus atribuciones? Las opiniones eran dispares, el congreso se centró en pedir una



asamblea: se denominaba el Consejo de Europa. Una valoración de La Haya puede calificarse de moderada, se renunció a la utopía federalista más audaz, pero quizá también de realista.

El Congreso había permitido sacar a la luz las verdaderas dificultades, ahora se trataba de pasar a la acción y para ello que las delegaciones nacionales se reuniesen con sus respectivos ministros. Pero, como era previsible, la actitud de los gobiernos no reflejaba el entusiasmo de La Haya. Ante esta situación, el Movimiento Europeo presentó al mundo político el 8 de octubre de 1948 un memorandum que sirvió de base para los futuros debates. ¿Qué países harían suyas las sugerencias? Francia (en el seno de una reunión de la Unión Occidental) tomó enseguida el liderazgo de la propuesta, pues veía la oportunidad de convertirse en el árbitro del proceso. Pero las divergencias eran claras: Inglaterra se negaba a la existencia de una Asamblea europea y proclamaba que había que contentarse con una simple Europa de los Estados, es decir, un encuentro regular entre los ministros responsables o a lo sumo una conferencia de delegados gubernamentales. Se acordó reunir una comisión de estudios para que analizase las diferentes opiniones (el Comité permanente para el estudio y desarrollo de la Federación Europea), que se reunió bajo la presidencia de Herriot en París. La comisión intentó una solución salomónica, combinar una asamblea con un consejo de ministros, lo que sería el embrión de un legislativo y un ejecutivo europeo.

4. El 5 de mayo de 1949, un año después del congreso, se creó la nueva organización internacional, ya mencionada aquí: el Consejo de Europa, y en agosto tuvo lugar la primera sesión en la ciudad de Estrasburgo. Desde el principio participaron diez países: Bélgica, Dinamarca, Francia, Inglaterra, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Noruega, Holanda y Suecia. Los delegados se colocaron en el hemiciclo por orden alfabético, así se evitaba la división por



naciones y se subsanaba las divisiones internas de los partidos clásicos entre federalistas y unionistas.

Se trata de una organización internacional creada para intensificar la cooperación en tres ámbitos principales: la consolidación de la paz, la promoción del Estado de Derecho, la democracia y el respeto de los derechos fundamentales y el progreso social y económico. Pero se excluía lo referido a la defensa nacional.

La discusión fue muy viva: se recomendó la creación de un organismo europeo para la salvaguarda y la promoción de los derechos humanos y de las libertades fundamentales; se discutió sobre la unificación económica; seguridad social; problemas culturales... por último la sesión concluyó con el voto unánime de una moción que señalaba que el fin del Consejo de Europa era crear una autoridad política europea, con funciones limitadas pero reales. Sin embargo, esta última afirmación parecía más fruto del cansancio que del convencimiento.

Quedaron cuestiones prácticas por resolver, así definir el procedimiento según el cual la Asamblea Parlamentaria defendería sus decisiones ante el organismo deliberante: el Comité de Ministros. Para hacer frente a sus responsabilidades, la Asamblea creó una comisión permanente.

Sin embargo en la práctica el sistema se hundió desde el principio. Las esperanzas despertadas por la primera sesión de la Asamblea no se realizaron de ninguna manera. Por un lado, los Estados nacionales se rehacían con fuerza, por otro, los británicos y sus aliados escandinavos hicieron todo lo posible por quitar poder a la institución de Estrasburgo. Enseguida se comprobó que el verdadero poder continuaba en los gobiernos nacionales: el comité de ministros se reunió en París los días 3 y 5 de noviembre, de todas las propuestas, sugerencias, recomendaciones y resoluciones de la Asamblea no se mantuvo prácticamente ninguna. El veto nacional funcionó plenamente. Cada vez



aparecía más patente el carácter consultivo de la Asamblea: ninguna votación desembocaba en una decisión ejecutoria.

En 1950 se produjo un hecho significativo: la devaluación unilateral de la libra esterlina seguida muy pronto por todas las monedas europeas (excepto el franco suizo). Este hecho señalaba la solidaridad entre las distintas economías europeas pero también la falta de una institución que amparase esa solidaridad y la falta de voluntad política para crearla: la devaluación de la libra se había decidido en Washington. ¿No era esto un ataque directo contra el Consejo de Europa? ¿No se trataba de una vuelta a las soluciones nacionales? El nuevo gobierno inglés rechazó toda renuncia de soberanía, todo ejercicio en común: su lema fue esperar y ver. Europa se hacía aún más pequeña, el Consejo de Europa se vaciaba. Y a pesar de los significativos avances producidos en sus más de sesenta años, no ha sido nunca la organización federal/supranacional a la que algunos aspiraban.

TEXTOS

Propuesta de unión franco-británica dirigida por el primer ministro británico Winston Churchill al gobierno francés presidido por Paul Reynaud el 16 de junio de 1940

En este momento sumamente fatal de la historia del mundo moderno, los gobiernos del Reino Unido y de la República Francesa hacen esta declaración de unión indisoluble e inflexible resolución en su defensa común de la justicia y la libertad contra la sujeción a un sistema que reduce la humanidad a una vida de robots y esclavos.

Los dos gobiernos declaran que Francia y Gran Bretaña no serán en adelante ya dos naciones, sino una Unión franco-británica.

La constitución de la Unión instituirá organismos comunes para la defensa, la política exterior, la hacienda y la economía.



Todo ciudadano francés gozará inmediatamente de la ciudadanía británica; todo súbdito británico se convertirá en ciudadano francés.

Los dos países compartirán la responsabilidad en la reparación de los daños de la guerra, dondequiera que se produzcan en sus territorios, y los recursos de ambos, puestos en común, se aplicarán por igual a este fin.

Durante la guerra, habrá un solo gabinete de guerra, y todas las fuerzas de Gran Bretaña y de Francia, en tierra, mar y aire, se pondrán bajo su dirección. Gobernará desde el lugar donde mejor pueda hacerlo. Los dos parlamentos quedarán formalmente asociados. Las naciones del Imperio Británico están formando ya nuevos ejércitos. Francia mantendrá las fuerzas adecuadas en tierra, mar y aire. La Unión hace un llamamiento a los Estados Unidos para que fortalezcan los recursos económicos de los Aliados y presten su poderosa ayuda material a la causa común.

La Unión concentrará toda su energía contra el poder del enemigo, dondequiera que la batalla pueda darse.

Y así venceremos.

Discurso de Churchill en la Universidad de Zúrich, 19 de setiembre de 1946

Me gustaría hablarles hoy del drama de Europa. Este noble continente, que comprende en su conjunto las regiones más ricas y más cultivadas de la tierra y que goza de clima templado y uniforme, es la cuna de todas las grandes razas del mundo occidental. Él es la fuente de la fe cristiana y de la moral cristiana. Aquí está el origen de la mayor parte de la cultura, del arte, de la filosofía y de la ciencia del mundo antiguo y moderno. Si Europa se uniera algún día para compartir su herencia común, no habría límites a la felicidad, la prosperidad y la gloria que gozarían sus trescientos o cuatrocientos millones de habitantes. Sin embargo, ha sido de Europa de donde han surgido esa serie de terribles conflictos nacionalistas, originados por las naciones teutónicas, a los que hemos



visto incluso en el siglo XX y en el curso de nuestra propia vida destruir la paz y arruinar las esperanzas de toda la humanidad.

Y, ¿a qué estado ha quedado reducida Europa? Algunos de los pequeños Estados se han recuperado rápidamente, pero sobre amplias áreas de Europa una masa temblorosa de seres humanos atormentados, hambrientos, agobiados de inquietudes y aterrorizados miran las ruinas de sus ciudades y de sus casas y otean el sombrío horizonte, temiendo ver aparecer algún nuevo peligro, tiranía o terror. Entre los vencedores hay una babel de voces discordantes; entre los vencidos, el triste silencio de la desesperación. Esto es todo lo que los europeos, agrupados en tantos y tan antiguos Estados y naciones, esto es todo lo que las potencias germánicas han conseguido a causa de haberse desgarrado entre ellas y haber sembrado la ruina por todas partes. Realmente, si la gran República del otro lado del Atlántico no se hubiese dado cuenta de que la ruina o la esclavitud de Europa hubiera acarreado también su propia destrucción, y no nos hubiera tendido las manos para socorrernos y guiarnos, la época de los bárbaros habría vuelto con toda su crueldad. Y todavía puede volver.

Sin embargo, hay un remedio que si fuese adoptado de una forma general y espontánea transformaría, como si se tratase de un milagro, todo el panorama, y en unos pocos años haría a Europa, o a la mayor parte de ella, tan libre y tan feliz como Suiza lo es hoy. ¿Cuál es este remedio soberano? Consiste en reconstruir la familia europea, o al menos todo lo que podamos de ella, y proporcionarle una estructura que le permita vivir en paz, seguridad y libertad. Hemos de edificar una especie de Estados Unidos de Europa. Sólo de esa forma cientos de millones de trabajadores serán capaces de recuperar las sencillas alegrías y esperanzas que hacen que la vida merezca la pena. El proceso es sencillo. Todo lo que se necesita es conseguir que cientos de millones de hombres y mujeres hagan el bien en lugar de hacer el mal y que reciban bendiciones en lugar de maldiciones.



Mucho trabajo ha sido hecho en esta dirección por los esfuerzos de la Unión Paneuropea, que tanto debe al conde Coudenhove-Kalergi, y que dispuso de los servicios del famoso patriota y hombre de Estado francés Aristide Briand. Existe también ese inmenso cuerpo de doctrina y procedimiento, que nació entre tantas esperanzas después de la primera guerra mundial: la Sociedad de Naciones. La Sociedad de Naciones no fracasó a causa de sus principios o concepciones, sino que fracasó debido a que estos principios fueron abandonados por los mismos Estados que la crearon y porque los gobiernos temían hacer frente a los acontecimientos y actuar mientras quedaba tiempo. Este desastre no puede volver a repetirse. Tenemos, por tanto, mucha experiencia y material con el que construir, y también muchas pruebas dolorosas que hemos pagado muy caras.

Me alegré sobremanera, al leer en los periódicos hace dos días que mi amigo el presidente Truman ha expresado su interés y simpatía por este gran proyecto. No hay ninguna razón para que una organización regional europea se enfrente de alguna forma con la organización mundial de las Naciones Unidas. Antes bien, creo que esta síntesis mayor sólo puede sobrevivir si está fundada sobre agrupaciones naturales coherentes. Hay ya una agrupación natural en el hemisferio occidental. Nosotros, los británicos, tenemos nuestra propia Comunidad de Naciones. Éstas no debilitan, sino que por el contrario fortalecen la organización mundial. De hecho, ellas son su soporte principal. ¿Y por qué no debería existir un grupo europeo que podría dar un sentido patriótico más amplio y una ciudadanía común a los pueblos perdidos de este turbulento y poderoso continente? ¿Y porque no debería tomar el lugar que le corresponde junto con otras grandes agrupaciones para modelar el destino de los hombres? Para que esto pueda ser realizado, debe haber un acto de fe en el que tomen parte conscientemente millones de familias que hablan muchas lenguas.



Todos nosotros sabemos que las dos guerras mundiales por las que hemos pasado surgieron de la vana pasión de una Alemania recién unificada por desempeñar el papel dominante en el mundo. En esta última conflagración se han cometido crímenes y matanzas sin paralelo desde la invasión de los mongoles en el siglo XIV, y sin igual en la historia de la humanidad. Los culpables tienen que ser castigados. Alemania tiene que verse privada del poder de rearmarse y de comenzar otra guerra de agresión. Pero cuando todo esto se haya hecho, como se hará y se está haciendo en estos momentos, habrá que poner fin a la reparación. Tendrá que producirse lo que Mr. Gladstone llamó hace muchos años «un bendito acto de olvido». Todos nosotros hemos de volver las espaldas a los horrores del pasado. Debemos mirar al futuro. No podemos permitirnos arrastrar en el futuro los odios y las venganzas nacidos de las heridas del pasado. Si Europa ha de ser salvada de una infinita miseria y de la perdición, debe haber un acto de fe en la familia europea y un acto de olvido respecto de todos los crímenes y demencias del pasado.

¿Pueden los pueblos libres de Europa elevarse hasta la grandeza de estas resoluciones del alma y del instinto humanos? Si pudieran, las ofensas y las heridas infringidas se curarían por todas partes gracias a los sufrimientos que han sido soportados. ¿Es que hay necesidad de más torrentes de angustia? ¿Es la única lección de la historia que la humanidad sea incapaz de aprender? ¡Que haya justicia, piedad y libertad! Los pueblos sólo tienen que desearlo y todos alcanzarán sus deseos.

Voy a decir ahora algo que les sorprenderá. El primer paso hacia la reconstrucción de la familia europea ha de ser una asociación entre Francia y Alemania. Sólo de esta forma podrá Francia recobrar la dirección moral de Europa. No puede haber renacimiento moral de Europa sin una Francia espiritualmente grande y una Alemania también espiritualmente grande. La estructura de los Estados Unidos de Europa, si se construyen a conciencia, será



de tal forma que hará menos importante la fuerza de un solo Estado. Las pequeñas naciones contarán tanto como las grandes y serán consideradas según su contribución a la causa común. Los antiguos Estados y principados de Alemania, libremente unidos por un interés mutuo en un sistema federal, podrían ocupar individualmente su lugar entre los Estados Unidos de Europa. No intentaré hacer un programa detallado para los cientos de millones de personas que desean ser felices y libres, prósperas y seguras, que desean disfrutar las cuatro libertades de las que habló el gran presidente Roosevelt, y vivir de acuerdo con los principios incorporados a la Carta del Atlántico. Si éste es su deseo, sólo tienen que decirlo, y ciertamente se encontrarán y se montará el mecanismo para disfrutar totalmente de este deseo.

Pero yo he de darles un consejo. El tiempo apremia. Hoy gozamos de un momento de reposo. Los cañones han dejado de disparar. Los combates han cesado, pero no los peligros. Si vamos a construir los Estados Unidos de Europa, cualquiera que sea su nombre o forma, debemos comenzar ya.

En estos días estamos viviendo de una forma extraña y precaria, bajo el escudo y la protección de la bomba atómica. La bomba atómica está todavía en manos de un Estado y nación del que sabemos que nunca la utilizará excepto en defensa de la justicia y de la libertad. Pero puede ocurrir que dentro de algunos años esta espantosa máquina de destrucción se difunda y la catástrofe que se produzca por su uso por varias naciones en guerra, no sólo acabará con todo lo que llamamos civilización, sino que probablemente puede desintegrar el globo.

Yo debo ahora resumir las proposiciones que les han sido sometidas. Nuestro fin constante debe ser construir y fortificar la Organización de las Naciones Unidas. Bajo la dirección y dentro de esta organización mundial debemos volver a crear la familia europea con una estructura regional que podría llamarse los Estados Unidos de Europa. El primer paso consiste en crear un consejo de Europa. Si al principio todos los Estados de Europa no desean o



no están en condiciones de adherirse a la unión tenemos, sin embargo, que proceder a reunir y a organizar a aquellos que desean y pueden hacerlo. El medio de evitar para los hombres de todas las razas y de todos los países la guerra o la servidumbre debe ser establecido sobre unas bases sólidas y debe ser guardado por la voluntad de todos los hombres y mujeres de morir antes que someterse a la tiranía. Toda esta urgente tarea ha de ser dirigida por Francia y Alemania juntas, Gran Bretaña, la Commonwealth británica, la poderosa América y, así lo espero, la Rusia Soviética, porque en ese caso todo iría bien, todos deben ser amigos y patrocinadores de la nueva Europa y deben defender su derecho a vivir.

Discurso del secretario de estado George C. Marshall en la Universidad de Harvard, 6 de junio de 1947

No necesito decirles, señores, que la situación mundial es muy seria [...]

Al considerar lo que se precisa para la rehabilitación de Europa, la pérdida física de vida, la destrucción visible de ciudades, factorías, minas y ferrocarriles, fueron correctamente estimadas, pero se ha hecho obvio en los últimos meses que esta destrucción visible era probablemente menos seria que la dislocación de toda la fábrica de la economía europea. [...]

La verdad de la cosa es que las necesidades de Europa para los próximos tres o cuatro años en alimentos y otros productos esenciales procedentes del exterior –principalmente de América– son tan superiores a su presente capacidad de pago, que tiene que recibir una ayuda sustancial o enfrentarse con un deterioro económico, social y político muy grave.

El remedio consiste en romper el círculo vicioso y restaurar la confianza de la gente europea en el futuro económico de sus propios países y de Europa como un todo. El fabricante y el granjero a lo largo y ancho de amplias áreas



tienen que tener capacidad y voluntad de cambiar sus productos por monedas cuyo valor continuo no esté constantemente en cuestión.

Dejando a un lado el efecto desmoralizador sobre el ancho mundo y las posibilidades de desórdenes resultantes de la desesperación de la gente afectada, las consecuencias para la economía de los Estados Unidos parece evidente a todos. Es lógico que los Estados Unidos hagan cuanto esté en su poder para ayudar a volver a una salud económica normal en el mundo, sin la cual no cabe estabilidad política ni paz segura. Nuestra política no va dirigida contra ningún país, ni ninguna doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos. Su objetivo debe ser la vuelta a la vida de una economía operante en el mundo, de forma que permita la aparición de condiciones políticas y sociales en las que puedan existir instituciones libres. Tal ayuda, a mi modo de ver, no debe llevarse a cabo en pedazos a medida que se desarrollen las crisis. Cualquier ayuda que este gobierno pueda prestar en el futuro debe procurar una cura antes que un simple paliativo. Cualquier gobierno que esté dispuesto a ayudar en la tarea de la recuperación encontrará, estoy seguro de ello, plena cooperación por parte del gobierno de los Estados Unidos. Cualquier gobierno que maniobre para bloquear la recuperación de otros países no puede esperar apoyo de nosotros. Más aún, los gobiernos, partidos políticos o grupos que traten de perpetuar la miseria humana al objeto de aprovecharse de ella políticamente o de otra manera, encontrará la oposición de los Estados Unidos.

Es ya evidente que, antes que el gobierno de los Estados Unidos pueda ir mucho más lejos en sus esfuerzos para aliviar la situación y ayudar a situar al mundo europeo en sus camino hacia la reconstrucción, tiene que haber algún acuerdo entre los países de Europa en cuanto a lo que requiere la situación y a la parte que estos países mismos tomen en orden a dar el adecuado efecto a cualquier acción que pueda ser emprendida por este gobierno. No resultaría ni



conveniente ni eficaz para este gobierno intentar montar unilateralmente un programa encaminado a poner a Europa de pie económicamente. Éste es asunto de los europeos. La iniciativa, pienso yo, tiene que venir de Europa. El papel de este país debe consistir en una ayuda amistosa en la elaboración de un programa combinado, aceptando por buen número de naciones europeas, si no por todas.

Parte esencial de cualquier acción afortunada de parte de los Estados Unidos es que el pueblo de América comprenda, por su parte, el carácter del problema y los remedios a aplicar. La pasión política y los prejuicios no deben intervenir. Con previsión, y con la voluntad de nuestro pueblo de enfrentarse con la ingente responsabilidad que la historia ha puesto claramente sobre nuestro país, las dificultades que he subrayado pueden ser superadas, y lo serán.

Resolución de la comisión política del Congreso de Europa, mayo de 1948

Los estragos de seis años de guerra y de la ocupación; una producción alimenticia en regresión en el mundo entero; un enorme potencial industrial destruido; deudas acumuladas; gastos militares mantenidos fuera de toda proporción con los recursos de los pueblos; una poderosa economía en decadencia; los odios irritados heredados de la guerra; los efectos perniciosos acrecentados del nacionalismo; la ausencia, pese a todos los esfuerzos de la ONU, de una autoridad internacional bastante fuerte para mantener entre las naciones el orden y la ley, tales son los elementos que constituyen una amenaza sin precedente contra el bienestar y la seguridad de los pueblos de Europa, hoy al borde de la ruina.

El Congreso, de acuerdo con los principios y fines expuestos en el informe político que le somete el Comité internacional de coordinación:



1. Reconoce que es un deber urgente de las naciones de Europa, crear una unión económica y política para garantizar la seguridad y el progreso social;

[...]

3. Declara que ha llegado la hora para las naciones de Europa de transferir algunos de sus derechos soberanos para resolverlos [los problemas] en adelante en común, con vistas a coordinar y a desarrollar sus recursos;

4. Pide que sea convocada con toda urgencia una Asamblea europea que [...]: contribuirá a crear y expresará la opinión pública europea; recomendará las medidas inmediatas adecuadas para establecer progresivamente, tanto en el plano económico como en el plano político, la unidad necesaria de Europa; examinará los problemas jurídicos y constitucionales planteados por la creación de una Unión o Federación, así como sus consecuencias económicas y sociales; preparará planes con este fin.

5. Considera que tal Unión o Federación deberá permanecer abierta a todas las naciones de Europa que vivan bajo un régimen democrático y que se comprometan a respetar una carta de derechos del hombre.

[...]

7. Afirma que sólo la Unión o Federación europea da una solución a los problemas alemanes tanto en el plano industrial como en el plano político.

[...]

11. Proclama que la creación de la Europa Unida constituye un elemento esencial para la creación de un mundo unido.

Estatuto del Consejo de Europa, 5 mayo 1949

Los gobiernos del Reino de Bélgica, del Reino de Dinamarca, de la República francesa, de la República irlandesa, de la República italiana, del Gran Ducado de Luxemburgo, del Reino de los Países Bajos, del Reino de Noruega, del Reino de Suecia y del Reino de Gran Bretaña y de Irlanda del Norte,



Convencidos de que la consolidación de la paz, basada en la justicia y la cooperación internacional, es de interés vital para la preservación de la sociedad humana y de la civilización;

Reafirmando su adhesión a los valores espirituales y morales que son patrimonio común de sus pueblos y la verdadera fuente de la libertad individual, la libertad política y el imperio del derecho, principios sobre los cuales se funda toda auténtica democracia;

Persuadidos de que para salvaguardar y hacer que se realice progresivamente este ideal y en interés del progreso social y económico, se impone una unión más estrecha entre todos los países europeos animados de los mismos sentimientos;

Considerando que, para responder a esa necesidad y a las aspiraciones manifiestas de sus pueblos, a partir de este momento se requiere crear una organización que agrupe a los Estados europeos en una asociación más íntima;

Ha decidido, en consecuencia, constituir un Consejo de Europa, compuesto de un Comité de representantes de los gobiernos y una Asamblea consultiva, y con tal propósito han adoptado el presente Estatuto:

Capítulo primero

Finalidad del Consejo de Europa

[...]

Capítulo II

Composición

[...]

Capítulo III

Disposiciones generales



Universidad
Carlos III de Madrid

HISTORIA DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

Manuel Martínez Neira

Carmen Pérez González

[...]